

ral''» (XXXVIII, 26-VIII-1950). (Aleixandre, entonces, parecía sentirse un poco aristotélico, quizá sin saberlo él mismo.)

Mucho antes, había reconocido que si era verdad que a Garcilaso no le podrían quitar el dolorido sentir, a él no le podrían quitar «el dolorido y vívido recordar del paraíso, ni quizá la facultad de entender las eternas alas y posar mi pie en el secreto reino...» (IX, 12-VIII-1941). Notoria es su evolución en pocos años.

7. **Su creación.** En algunas cartas el poeta revela a su amigo «secretos» de su hacer poético en relación con su vivir. Destacamos una afirmación: «Yo escribo versos, todavía escribo versos. Esto en mí será como la vida, a lo que parece, y me dejará con la muerte. Eso y el amor, el inapresable rayo lunático, que le tiene a uno también un poco lunático». Agrega más adelante: «Mis poemas no suelen ser historia inmediata, sino historia absoluta» (X, 29-VIII-1941).

¿Para quién escribe? «Mi poesía habla a los hombres, se encara con los seres vivos, y un hombre solo que me escuche tiene que oírme como si en él estuvieran representados todos los hombres» (XXII, 29-VI-1944). Ha publicado *Sombra del Paraíso* y quisiera que su voz llegase a muchos sitios y a todos los hombres. Debe reconocer el éxito de su mensaje: «Por todas partes me empiezan a llegar de pronto cosas, ecos de que no canté al vacío inmediato. Y aunque yo casi escribo más para cuando yo me haya muerto que para «la casa de vecindad» en que vivimos, siempre me gusta hallar eco en las almas y no acordarme demasiado de Larra» (XX, 7-VIII-1944).

¿Cómo escribe? Sus libros los siente «orgánicamente» y estudia con cuidado el desarrollo de todas y de cada una de sus partes (LXXVIII, 11-VII-1961). Aún más: «¡Cuántos temas posibles que yo siento me llaman si los veo! Necesito verlos. Por ejemplo, el tema de los hospitales. Ese tema humanísimo podría tratarlo y me apetece, pero tendría que ser a base de visitarlo y vivirlo y tentarlo largamente. Es curioso. Yo que tanta imaginación usé en la primera parte de mi poesía, ahora necesito tocar minuciosamente lo que vaya a cantar, hasta el encarnizamiento. Son los dos ciclos que dijo Valente de mi poesía: el ciclo de la realidad imaginada y el de la "realidad reconocida"» (LXXXIII, 8-IX-1961). De acuerdo con su crítico, reconoce los dos grandes enfoques de su visión poética, sosteniéndose con ahinco en el último.

8. **La Naturaleza.** Vicente Aleixandre manifestó siempre —y lo evidencia en alguna carta— que le gustaba la montaña pero que prefería el mar «infinitamente más». No obstante, sabe hacer distinciones. Desde Valencia escribe a José Luis Cano: «El Mediterráneo de aquí no es como el amado mar de Málaga. No tiene ese color azul ebrio de intensidad, saturada hasta la exasperación, que yo amo y que ilumina mi *Sombra del Paraíso*. Este mar de aquí está levemente desteñido por una verdosidad que puedo querer en el furioso Cantábrico, espumeante y libre, pero que aquí no hace sino empalidecer la quietud, el éxtasis, sin añadirle fuerza» (XIV, 12-V-1943). Bellas descripciones de La Toja son fondo de otra carta del mismo año.

9. **La juventud.** Este motivo temático entreteje y enlaza varias cartas. Acaso la más significativa sea la XCIII porque en ella el poeta descubre ante su amigo su pensamiento y sentir desnudos, en su alta madurez: «Uno ahora quisiera ser joven, pero con la conciencia de ello; conciencia que no tiene el joven, pues no puede tenerla. Cuando

a mí los jóvenes me cuentan su vivir, me doy cuenta de que viven en presente, que es el modo de vivir en cénit. No hay perspectiva. No hay por tanto conciencia. Es en cierto modo, en escala distinta, lo que le pasa a "Sirio", mi perro, que vive en absoluto presente, con soberana ignorancia del tiempo. Por eso en mi poema "A mi perro" él es el fuerte y yo soy el débil. Pero quisiera ser fuerte como los jóvenes, los muy jóvenes, bajo el sol, en el ápice de la ola. ¡Pero sabiéndolo! (23-VII-1963). Poética utopía, humana imposibilidad.

Los *Poemas de la consumación* eran para Vicente Aleixandre «un canto trágico de la juventud». Según declara en la carta CXXVI, es uno de sus libros que más le acompañan desde que lo escribió: «Con su testimonio me hace sentirme consciente de lo que, para mí, en la vida, es la juventud. Esta sensación, esta convicción se prolonga en mí hasta el fin. Yo me atrevería a decir que el resto miente. (Aunque nadie se engañe sino a sí mismo)» (22-VII-1976).

Final

Muchos otros temas merecerían comentarios y citas, pero ya no es posible prolongar estas páginas. Para concluir diremos que el *Epistolario* a José Luis Cano termina en un *decrecendo*: la precaria salud del poeta y, sobre todo, el estado de su vista le impiden leer y escribir. La carta que cierra el libro, es un broche de patetismo: «Ya ves que te escribo con rotulador, pues sólo así veo algo de lo que escribo. Apenas escribo cartas, breves, y que no releo, de modo que allá van como salen» (CXXVI, 27-VII-1976).

Concha Zardoya

Dos libros de José Luis Cano

José Luis Cano es un hombre de letras, no sólo versificador inagotable y «empresario» de inquietas, y largas, andaduras culturales, como podrían ser la colección de poesía *Adonais* y la revista *Insula*, sino, y ello tiene especial importancia, ocupado de cuanto sucede y ha sucedido a su alrededor en el terreno de la literatura en los últimos 50 años, pero entroncando estos sucesos en los ámbitos sociales y políticos de esta España tantas veces amarga y disparatada. De ahí vienen por ejemplo sus artículos y notas sobre la relación que a lo largo de los años ha mantenido con personas tan interesantes como el inmortal Vicente Aleixandre, sus críticas de libros, y, luego, su intensa labor poética.

Una y otra de estas parcelas de su actuación se han visto plasmadas en dos libros que son modelo de buen hacer y que han de quedar como muestra de lo mejor de su género. De su relación con Aleixandre, aquí están *Los cuadernos de Velintonia*, verdadero diario no sólo de las conversaciones con el maestro, sino de aquellos acontecimientos de una época y unos sucesos que el tiempo va tamizando pero que nos son ofrecidos desde la reflexión de un poeta indagador de los hechos que rodeaban su existencia física y su posición de hombre de letras en momentos en que la cultura parecía algo prohibido o, al menos, mal visto en los ambientes oficiales. Como tercera edición que acoge los versos de José Luis Cano aparece en junio de 1986 un tomo con el título *Poesías Completas (1942-1984)* que, según indica el propio autor, «reproduce íntegro el texto de las anteriores, pero añade una modesta novedad, lo que podría llamar una coda crepuscular de mi obra poética: unos pocos poemas —treinta y seis en total— que he ido escribiendo en los últimos y anteúltimos años: poemas de amor y de amistad, y algunos sobre la vejez y el deterioro de la aventura, ya luenga, de mi existencia».

Creo que ambos libros son un excepcional recorrido por la propia historia de la literatura de nuestro país y, desde luego, una magnífica aportación al conocimiento de la andadura poética y humana de dos grandes poetas, Aleixandre y Cano, además de su valor como documentos para el futuro estudio de unos ambientes culturales aún poco diseccionados pese a su cercanía en el tiempo.

***Los cuadernos de Velintonia*, apuntes sobre lo divino y lo humano**

Los apuntes que contiene este libro van, aunque no día a día, desde luego, desde el 10 de enero de 1951 hasta el 17 de marzo de 1984 y José Luis Cano lo subtitula «Conversaciones con Vicente Aleixandre», aunque no se trate sólo de esto, sino, más bien, de un acercamiento al mundo exterior e interior del maestro pero coleccionando, al tiempo, aquellos hechos cercanos, en la literatura y en la vida política y social, que tenían interés para el desarrollo de la relación fraterna que ambos poetas mantenían, insertando en esta diaria observación a otros protagonistas como los miembros de la Academia o los asistentes a las tertulias de los cafés Lyon y Gijón o la de *Insula* en los bajos de la calle del Carmen y las conferencias y reuniones del Ateneo madrileño, así como las deliberaciones para concesión de premios literarios, los cócteles en el Ritz o los encuentros en la propia casa de Cano o en los dominios baleares de Cela. Todo esto, y más, nos traen *Los cuadernos de Velintonia*.¹

Diríase que el libro transcurre por los senderos de una biografía informal, ya que Cano, buen biógrafo de Antonio Machado y García Lorca, va dejando las notas precisas para comprender toda la vida del llamado solitario de Velintonia, quien, por cierto, se lamentaba de que el alcalde madrileño quisiera dar su nombre a esta calle. «Prefiero que pongan mi nombre a otra calle de la ciudad, aunque sea de barrio, y que ésta siga llamándose Velintonia.» Así aparecen sus amores, como una permanente que implica

¹ José Luis Cano, *Los cuadernos de Velintonia*. Seix Barral (Biblioteca Breve). Madrid, 1986; 285 págs., 975 ptas.